



## “La raza de Darío”

Hace muy pocos días leí en una revista de Chiapas (México) en que se comentaba a un escritor nicaragüense, el siguiente párrafo firmado por Enoch Cansino:

“Se ha dicho que los Soctones eran Chorotegas (la raza de Rubén Darío) procedentes de Nicaragua. Como reafirmación de este criterio Don Angel Corzo nos hablaba del culto a Tamagostad, común a ambos pueblos. Y voces, modismos, usos y costumbres, subyacen en el alma popular de las dos regiones, confirmando la procedencia nicaragüense de la tribu de los indios Chiapa, en una extraña peregrinación de sur a norte verificada en el mundo precolombiano. Durante la colonia Chiapas y Nicaragua formaron parte de la Audiencia de los Confines”.

Los chiapanecos siempre han proclamado con orgullo su origen chorotega porque es una historia heroica. Fray Antonio de Remesal la cuenta de esta manera: “Vinieron antiguamente de la Provincia de Nicaragua unas gentes, que cansados de andar, y de las descomodidades que la peregrinación trae consigo, se quedaron en tierra de Chiapa y poblaron en un peñol áspero orillas de un Río grande que pasa por medio, y fortificáronse allí, porque nunca se quisieron sujetar a los Reyes de México, antes tenían continuamente guerra con sus capitanes”. (Cap. XIII).

En otras palabras: un fuerte grupo de Chorotegas de Nicaragua, exilados voluntarios o rebeldes, después de una guerra intestina, según parece, emigran al Norte y asientan en Chiapas no sólo su población sino su indomable espíritu independiente. ¡Nunca aceptaron someterse o tributar a los emperadores aztecas!

Pero lo más interesante para nosotros los nicaragüenses de esta vieja historia chorotega, es que no resulta una excepción en la historia general de los indios que formaron la población aborigen de nuestra nación. Según Torquemada, tanto los mangues como los nahuas que llegaron a nuestra tierra, alrededor del siglo V D.C., abandonaron voluntariamente la tierra mexicana porque se les hizo insoportable la opresión de los Olmecas. También otra oleada nahua o nahuatl que entró a

Nicaragua, ya en el siglo XIV o XV en una invasión por mar —con una flota de canoas— vino huyendo desde México por una espantosa sequía y por los tributos de los implacables emperadores aztecas. Etcétera.

Nicaragua indígena fue el punto de cita y el punto de partida de pueblos exilados rebeldes. Se sentaron aquí por rebeldía y cuando se fueron, lo hicieron también por rebeldía.

En la raíz del nicaragüense está esa savia de migraciones. No individuos sino pueblos enteros que se mueven por una insatisfacción libertaria. Savia que es como azogue, sangre inquieta que causa problemas a los emperadores.

Esa sangre se fusionó luego con la de un pueblo difícil también al sometimiento. Rubén, el chorotega, se preguntaba: “¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos?”.

Fue una explosiva fusión.

El cacique mayor que protagonizó ese encuentro irreversible, Nicaragua o Nicarao, ha sido disminuido por algunos por su diálogo (un inteligente sondeo de la cultura invasora), pero olvidan que también puso un as de espadas en el juego.

Luego, al vencer la fuerza superior, ese mismo pueblo indio inventó —caso único en la historia de América— la más singular de las huelgas: se negó a cohabitar con sus mujeres para no dar esclavos a los españoles.

“Esto es épico y es lírico”, pudiera decir el Chorotega. Pero esos son los ancestros. No se ha escrito la historia de Nicaragua como historia de un pueblo en lucha por su libertad. Pero de vez en cuando hay que pensar en ella.

Yo lo hago hoy, revisando todas las cosas que han sucedido en el año 77 —de exilios y rebeldías, de dictaduras Olmecas, de tributos Aztecas, de Soctones que se apoderan del Peñol áspero de la guerrilla, de los 12 que se niegan a reconocer al emperador, etcétera— y pensando, sobre todo en este nuevo año que se abre con una nueva demanda histórica de libertad y democratización.

“¿Quién dirá que las savias dormidas no despiertan entonces en el tronco del roble gigante?”

PABLO ANTONIO CUADRA